

LA GRAN MEZQUITA-ALJAMA

Tal vez sería conveniente recordar, antes de hablar de esta maravilla del arte, que la mezquita de Córdoba está considerada como la mayor del mundo islámico con sus 24.000 m² de superficie.

Pero sería también necesario añadir que no se hizo de una sola vez. Se trazó en principio una mezquita con arreglo a la población musulmana de aquella época, 786 de J.C., templo que hubo de ampliarse en tres ocasiones por el aumento de población.

El 169 de la Hégira, 14 de julio del año 786 de J.C., se dio comienzo a la que, corriendo el tiempo, sería la mayor mezquita del mundo islámico.

Abd al-Rahmán I dispuso la construcción del templo en dos partes: una descubierta, o Sahn, patio para las

abluciones, y otra cubierta, musalla, o mezquita propiamente dicha, con capacidad para más de 10.600 fieles.

La parte cubierta, rectangular, la forman 11 naves longitudinales por 12 transversales; es decir, una nave principal en el centro, en cuyo fondo y apoyado en el muro de cerramiento (qibla, muro orientado) se alzaba el Mihrab —nicho al que deben dirigirse las oraciones en el momento de la Salat o plegaria—, y cinco naves a oriente, por otras tantas a occidente, teniendo al norte, como fachada principal y sobre el Patio de Abluciones, un muro abierto por arquerías, ya que una mezquita no tiene puertas, pues es fortaleza de fe para los musulmanes.

En su arquitectura se encuentran elementos ya conocidos en otras edificaciones anteriores; si bien puede decirse que es el principio de evolución

de ese arte único, que con el nombre de Califal o Arábigo-Cordobés, es reconocido por las más importantes autoridades del mundo en la materia. El arco de herradura, en la primera línea, es de ascendencia netamente visigoda y el superior, de medio punto, sirve para dar mayor elevación a los techos, resistencia al conjunto y facilitar la iluminación, a través de los arcos abiertos al patio.

Asimismo, el conjunto de los arcos es una línea de múltiples acueductos, sobre la que la doble vertiente de los tejados deposita el agua de lluvia en el canal que hay sobre cada arquería, que por las gárgolas sale inmediatamente al patio o las calles laterales del templo. Estos arcos están compuestos por dovelas de ladrillo y piedra, para así aligerar su construcción (había prisa por concluir el templo, debido a la ca-

▽3



restía de otros materiales en Córdoba) y están sostenidos por un conjunto de capiteles y columnas procedentes, en su mayoría, de otras edificaciones anteriores de Córdoba y de fuera de ella, que hacen de esta primera etapa de la mezquita un interesantísimo museo arqueológico, en el que pueden estudiarse capiteles de los más variados tipos: corintios, visigodos, latino-bizantinos, etc., así como fustes de los más diversos mármoles y coloridos.

Abd al-Rahmán I murió sin ver acabada la mezquita, aunque ya había orado en ella; siendo su hijo y sucesor, Hishan I, el que la terminara, cubriendo las naves con arcos de tipo sirio, contruidos con maderas de pino de alerce, que no son los que vemos actualmente, ni los que hay en otro sector de la mezquita, pues éstos son una reproducción de aquéllos, hechos por artistas cordobeses, bajo la dirección del arquitecto don Ricardo Velázquez Bosco a principios de este siglo.

También Hishan I acabó el Patio de Abluciones, construyendo un alminar, que más tarde, en el siglo X, sería destruido para dar paso al que el primer califa omeya, Abd al-Rahmán III, erigió en el lugar que hoy está el campanario de la catedral, y que más adelante describiremos.

Primera ampliación (833-852)

En el año 833, Abd al-Rahmán II tuvo que efectuar la primera de las ampliaciones de la mezquita, como consecuencia del aumento constante de población que la hizo insuficiente, añadiéndole ocho naves transversales más (70 columnas y unos 1.769 m² más), aumentando su capacidad para 7.000 personas más, lo que suponía un total de más de 17.600 fieles, en su conjunto.

Esta primera ampliación de la aljama cordobesa debe señalarse como el momento más importante de evolución del arte de herencia visigoda, con el califal-cordobés.

Muhammad I, hijo y sucesor de Abd al-Rahmán II, concluyó la ampliación iniciada por su padre, que estaba bastante adelantada, y restauró la parte primitiva, que por aquellos tiempos estaba algo deteriorada.



Segunda ampliación (961-966)

Si bien la segunda ampliación de la mezquita corresponde a Al-Hakam II, al-Mustansir Bi-llah, en las fechas citadas, no debemos silenciar las obras hechas por su padre, el primer califa de Córdoba, Abd al-Rahmán III al-Nassir, en el primer templo.

Consistieron éstas en un muro abierto con 11 arcos, ante la fachada de la primera sala de oración, para sostener el conjunto de la mezquita que estaba venciendo sobre el patio; debido, tal vez, al insuficiente contrarresto de las arquerías del extremo norte, agravado seguramente por el fuerte terremoto del año 880. De esta obra se da cuenta en una lápida de mármol empotrada en la fachada, a la derecha del actualmente llamado Arco de las Bendiciones, que corresponde a la nave principal de la aljama.

Asimismo, Abd al-Rahmán III amplió el patio y construyó un nuevo alminar, cuya descripción haremos al ocuparnos del cerramiento y de las puertas del templo.

Al-Hakam II, inmediatamente de tomar posesión del trono, el 15 de octubre del 961, dio su primera orden, que fue la de comenzar la ampliación del edificio, insuficiente para el número de fieles que en él se congregaban, empezando las obras el año 962, agregándose al templo primitivo 12 naves transversales más hacia mediodía y en ellas está la mejor manifestación del Arte Califal o Árabe-Cordobés.

Pero la obra más importante de la mezquita ampliada por Al-Hakam II es sin duda el Mihrab, del que sólo cabe decir, por su belleza y fantasía, tanto arquitectónica como decorativa, que es un cuento de las «Mil y una noches» arrancado de sus páginas y hecho realidad en el muro de la Qibla de la aljama cordobesa.

Está compuesto el Mihrab por tres capillas con sus correspondientes lucernarios, a manera de cúpulas, de las que destaca la central, decorada igual que las laterales con mosaicos o foseifesas, que regaló al califa de Córdoba el emperador griego Constantino Porfirogénito. Esta cúpula, que es una progresión geométrica de la que hay al principio de la ampliación, nos muestra, en el entrecruzamiento de las ar-



△ 5

querías que la forman, ocho arcos ojivales de perfección extraordinaria (cuatro en las trompas de la anterior), con una gran concha en su centro, cuyo borde central, en lugar de foseifesas, está formado por cerámica califal vidriada de la época; de ella pendía una lámpara monumental de plata labrada, que sostenía 1.454 candilejas de aceite perfumado.

Tercera ampliación (987-?)

Corresponde esta ampliación al que fue ministro del califa Hisham II, Muhammad ibn Abí-Amir (Almanzor), quien a partir de la fachada oriental de cerramiento de las tres primeras partes, añadió ocho naves longitudinales más, ampliando, asimismo, el Patio de Abluciones, con lo que el edificio quedó notoriamente agrandado, pero sin que el conjunto de la obra sea de la importancia de lo anterior, ya

que sólo representa la continuación decadente de las épocas pasadas.

Esta adición comunica ampliamente con el resto del templo por atrevidas arcadas que perforan el muro oriental primitivo, en el que pueden contemplarse algunas de las antiguas portadas anteriores, que fueron unas deshechas y otras tapiadas al iniciarse esta ampliación y cuya importancia por ello es de gran valor. La más meridional de éstas se conserva casi completa.

-
4. Mezquita de Abd al-Rahman I.
 5. Cúpula central del Mihrab.
-



Fachadas y puertas

En la fuerte muralla almenada y robustecida por torreones cuadrados, que sirve de cerramiento a la aljama cordobesa, se abren numerosas puertas, de las que merece destacar la llamada de San Esteban (fachada occidental), en la que aparecen las primeras inscripciones que hacen los musulmanes en la mezquita y tal vez las primeras labores decorativas de muros y arquerías, todo ello realizado en época de Abd al-Rahmán II.

En cuanto corresponde a las puertas restantes de la sala de oración, propiamente dicha, tanto en la fachada occidental como en la oriental, fueron restauradas a principios de siglo por el arquitecto don Ricardo Velázquez Bosco.

La Puerta del Perdón, la principal de la mezquita-catedral, se construyó

en época de Enrique II de Trastámara, hermano bastardo de Pedro I el Cruel, en 1377. Es de monumental tamaño y está forrada con paños de bronce y dos bellísimos llamadores e inscripciones con alabanzas al Creador.

Asimismo están las puertas de Santa Catalina, del Caño Gordo y de los Deanes, y dos portillos: el llamado de la Leche, en el comienzo de la fachada occidental, y el otro en la parte opuesta, de un barroco de complicadas líneas, pero de muy bella factura.

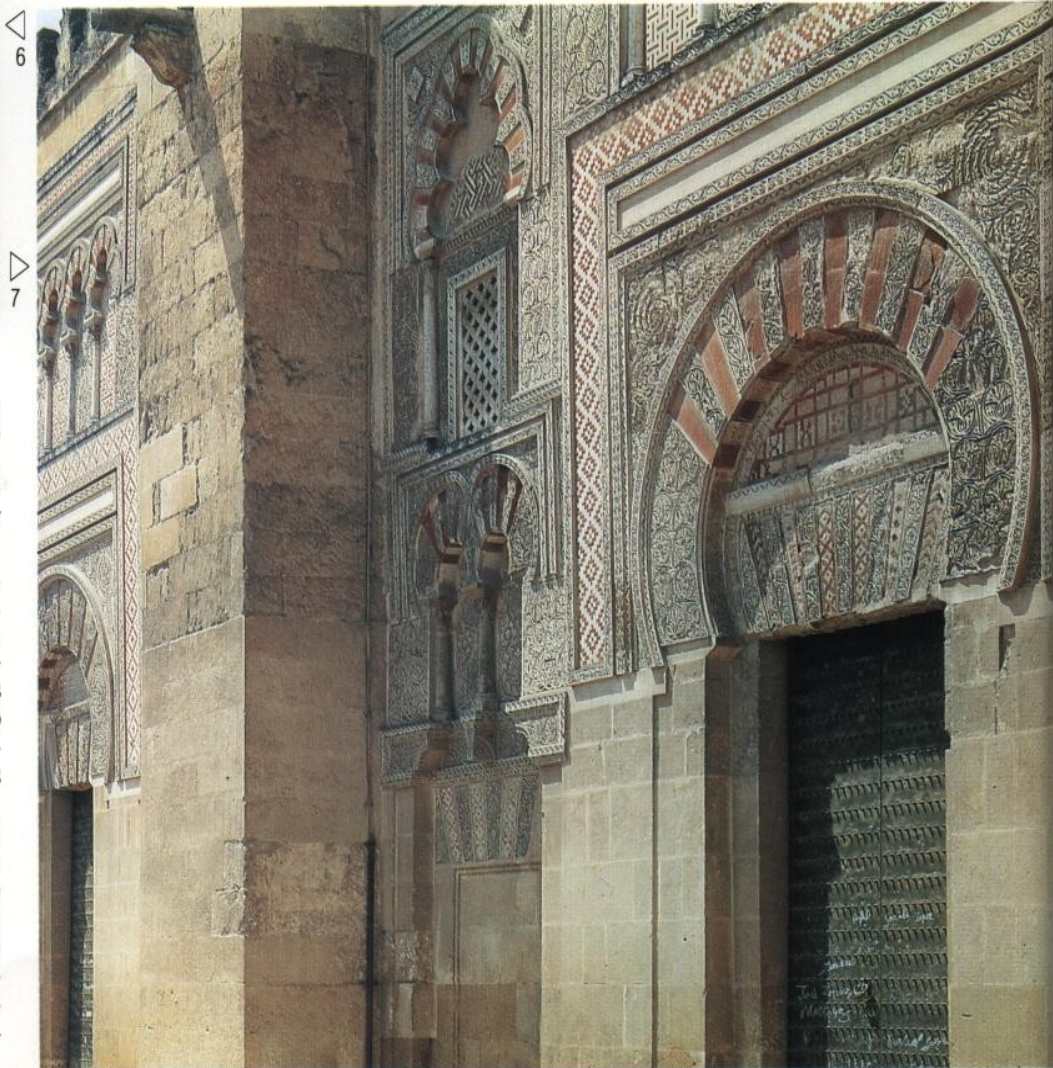
6. Torre-Campanario, antiguo alminar árabe.
7. Fachada oriental de la Mezquita de Almanzor.
8. Vista general del Coro, obra de Duque Cornejo.

El alminar

Al hablar de las obras de Abd al-Rahmán III en la mezquita citábamos la construcción de un nuevo alminar, en sustitución del que construyera Hisham I, que el califa mandó derribar para ampliar el patio.

Estaba todo construido de sillería, tenía planta cuadrada y dos cuerpos, siendo su elevación total de unos 40 m. Tenía el alminar en su interior dos escaleras completamente independientes y en las fachadas se abrían ajimeces o ventanas gemelas, elemento que aparece por vez primera en construcciones occidentales.

Cerca de la crestería almenada del primer cuerpo corría una arquería de columnas de turquesa y el segundo cuerpo estaba coronado por un fuerte tallo que ensartaba tres granadas de oro, rematado por una azucena de plata. La mayor parte de este bellísimo alminar se conserva en el interior del actual campanario.



▷ 6

▷ 7



△ 8

LAS OBRAS CRISTIANAS

El día 29 de junio del año 1236 las tropas del rey Fernando III el Santo reconquistaron la ciudad y expulsaron a los musulmanes, que la abandonaron, «Llevando como si solo su vida».

El Santo Rey fundó en ella la capilla de San Clemente, hoy desaparecida, en la parte más meridional de la ampliación hecha por Almanzor, en la que se celebró culto hasta mediados del siglo XIII, pues en 1257 el obispo don Fernando de Mesa convirtió en capilla mayor el lucernario del comienzo de la parte de al-Hakam II, donde se puso el altar mayor y la sacristía.

Más tarde, Enrique II de Trastámara mandó construir la Capilla Real o de San Fernando, decorándola al estilo mudéjar, con yeserías de ataurique, zócalos de alicatado y bóvedas de estalactitas, todo de extraordinaria y bella factura.

En 1429 el obispo don Iñigo de Manrique, aún con protestas reales, reformó la capilla mayor, desmontando arcos y columnas y construyendo altos muros con ventanas góticas, se puso un alto artesonado del mismo estilo y se construyó la arquería del lucernario, sustituyéndola por un arco ojival de enormes dimensiones.

El cruceiro catedralicio

Fue en 1523, a propuesta del obispo don Alonso Manriquez, al que no gustaba que la capilla mayor y coro estuvieran a un lado de la iglesia, cuando se planteó la construcción de un cruceiro en el centro del monumento; comenzándose las obras, con la oposición del Consejo Municipal y el Corregidor, que consideraban a la mezquita como uno de los más bellos templos existentes y hubieron de recurrir al emperador Carlos V para que él dijese lo que fuera más conveniente. El soberano aprobó las obras, que continuaron ya sin inconveniente alguno.

La edificación de la capilla mayor o cruceiro catedralicio la dirigió el maestro Hernán Ruiz hasta su muerte, siendo continuada por su hijo y nieto, llamados del mismo nombre, el primero hasta 1583 y el segundo hasta 1599, en que se concluyó. Está proyectada de estilo ojival, que va transformándose con las influencias de otros estilos arquitectónicos, hasta terminar en herriano y barroco.

El coro, lo más importante del cruceiro, está tallado por el artista hispalense Pedro Duque Cornejo sobre madera de caoba procedente de la isla de Santo Domingo; en él están represen-

tados El Antiguo y Nuevo Testamento, la Vida de Nuestra Señora y los principales mártires de Córdoba. El frontal representa la Ascensión de Jesucristo a los cielos y se corona con una imagen del Custodio de la ciudad, San Rafael.

El tesoro

Posee la catedral de Córdoba un importante tesoro, el cual no intentaremos describir pieza por pieza, ya que sería prolijo. Nos vamos a referir solamente a las de más valor artístico, entre las que destaca la maravillosa Custodia, labrada por Enrique de Arfe y estrenada el día del Corpus del año 1518.

Hay también en el tesoro una magnífica colección de relicarios; entre ellos uno del siglo XIV (con reliquias de los patronos de Córdoba San Acisclo y Santa Victoria), firmado por el platero cordobés Damas, y otro llamado el «Joyero de la Reina Isabel», que tiene la forma de un pebetero árabe.

Para terminar señalaremos las cuatro grandes cruces que se exponen y un crucifijo tallado en marfil en el siglo XVII, por el magnífico artista granadino Alonso Cano.

MADINAT AL-ZAHRA

Se cuenta que había muerto una concubina del califa Abd al-Rahmán III, legando toda su fortuna para rescatar a los cautivos musulmanes de las cárceles cristianas del norte de la península.

Los emisarios enviados por el califa al efecto regresaron a Córdoba comunicándole lo infructuoso del viaje, pues no habían encontrado prisioneros islámicos en ningún lugar de los recorridos. El califa dio gracias a Alá ante tan feliz circunstancia, pero una charilla (muchacha del harén y servidumbre del monarca) a quien el soberano amaba apasionadamente, le dijo al califa que aquella era la ocasión propicia para emplear aquel dinero construyendo

un palacio que llevara su nombre, que fuera especialmente para ella y que contara a los siglos venideros y a las futuras generaciones el inmenso poder del Califato.

Abd al-Rahmán le prometió a Al-Zahra —así se llamaba la muchacha— que así lo haría y «por Dios que asombraría al mundo por sus riquezas y arquitectura».

Lo que acabamos de contar se lo indicó a Ibn-Arabí cierto doctor de Córdoba. Verdad o no, Abd al-Rahmán III mandó construir una fabulosa ciudad a la que dio por nombre Medinat al-Zahra, sobre cuya puerta principal figuraba la estatua de una mujer —dícese que era la favorita— que en el año 1190 el califa almohade

Ya qub al Mansur, lleno de escrúpulos religiosos, mandó quitar.

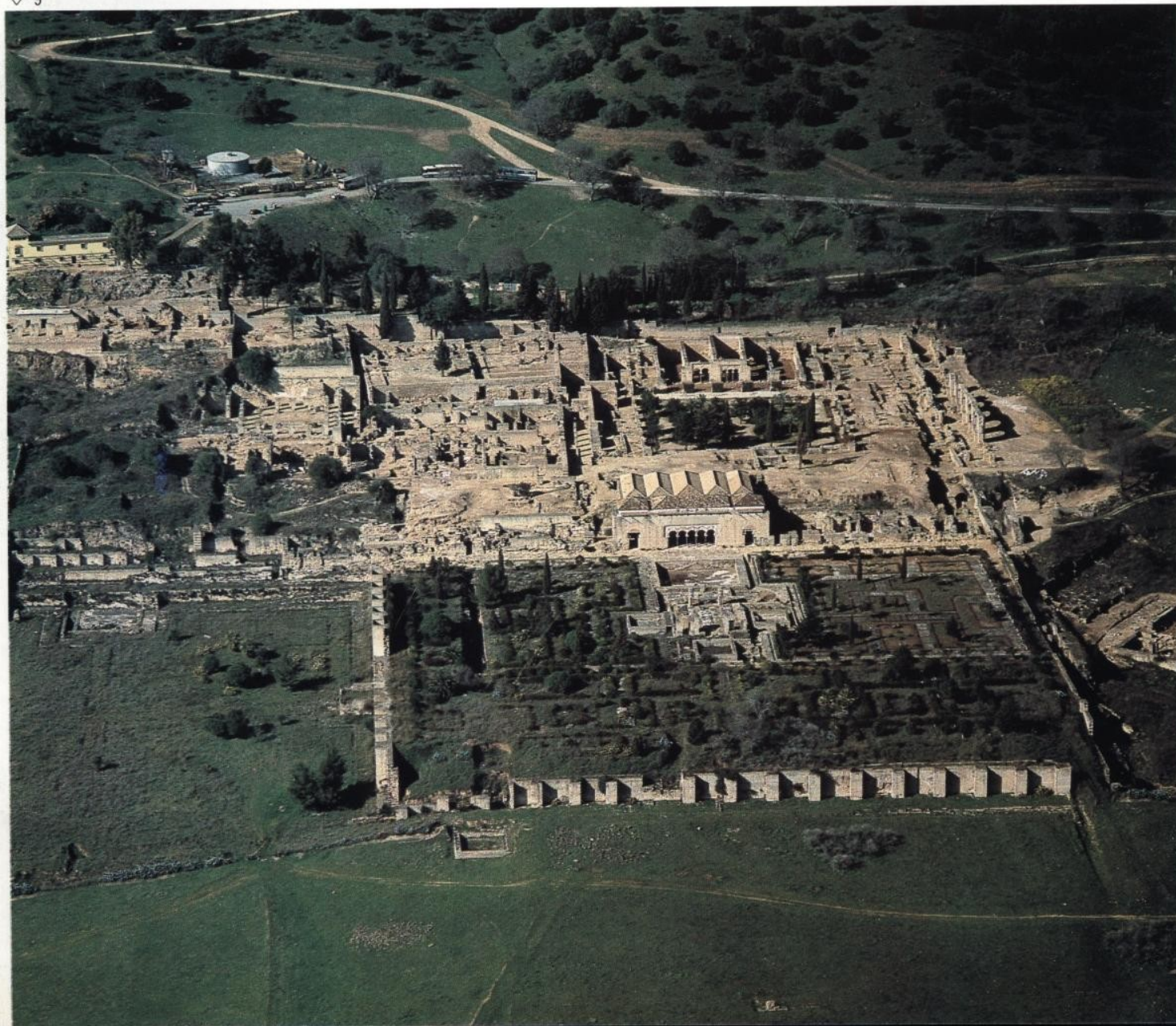
Las obras dieron comienzo en el año 936; los cronistas musulmanes relatan, con toda minuciosidad de datos, los arquitectos, obreros, jornales, materiales y fortunas empleados para levantar la fastuosa mansión.

9. Vista aérea de las ruinas de Madinat Al-Zahra.

10. Detalle de una pilastra.

11. Reconstrucción de uno de los salones de Madinat Al-Zahra.

▽ 9



Estos detalles se tuvieron en principio por una pura fantasía oriental, pero las excavaciones que se han venido efectuando para el rescate de la famosa ciudad nos demuestran, día a día, la veracidad de los mismos.

A la muerte de Abd al-Rahmán III le sucedió su hijo al-Hakam II, al-Mustansir, que continuó las obras de su padre, siendo tan importantes que muchas de las inscripciones encontradas en las obras de rescate de al-Zahra se refieren a él.

Al-Hakam II fue sucedido por su hijo Hishan II, en cuyo período su primer ministro Almanzor convirtió en cárcel dorada del califa la hermosa ciudad y es precisamente su cárcel lo más



▷ 10
▷ 11

célebre de ella durante este tiempo, pues a la Ciudad de la Flor manda el dictador a todo aquel que precisa eliminar para el desarrollo de su política, a la vez que construye Madinat al-Zahira y traslada a ella todos los organismos oficiales, a pesar de la resistencia que le opone Subh, madre de Hisham, llevando a la nueva ciudad todo el mundillo que gira alrededor de la corte, siendo cada vez más olvidada la hermosa al-Zahra.

Intentar describir todo cuanto de belleza y riqueza hubo en al-Zahra sería prolijo, por lo que solamente vamos a comentar algunos detalles de la misma.



Dice Ibn Hayyan que entre sus maravillas había dos fuentes con sus pilones, tan extraordinarias en su forma y de tanto valor por su exquisita construcción, que constituían la principal decoración del palacio. La más grande era de bronce dorado bellamente esculpida con bajorrelieves representando figuras humanas y fue traída desde Constantinopla por Ahmed al-Yunaní, esto es, Ahmed el Griego. La pequeña fue traída de Siria. Era de mármol verde y su transporte fue efectuado por el mismo Al-Yunaní. Esta fuente, verdadera maravilla de arte, ordenó el califa que fuera colocada en el salón oriental llamado al-Mu'nis, quedando en el

centro de dicho salón decorada con 12 figuras hechas de oro rojo y adornadas con perlas y otras piedras preciosas.

También fue maravilloso, en la ciudad califal, el salón llamado Central o de la Jura, donde hacían la proclamación de soberanos. El techo era de oro y las paredes de transparentes bloques de mármol de diversos colores. En el centro había una gran fuente llena de mercurio y cuando el sol penetraba en el departamento, era tan fuerte la acción de los rayos sobre el mercurio que la simple reflexión era suficiente para privar de ver al visitante.

Cuando el califa deseaba atemorizar

a alguno de sus cortesanos, hacía una seña a sus esclavos, que ponían en movimiento el azogue de la fuente, y en un momento todo el salón parecía estar atravesado por rápidos relámpagos, dando la sensación de que la estancia giraba de un lado a otro. El cuidado que puso al-Nassir en la construcción de este salón fue tal que sólo confió la superintendencia del mismo a su hijo al-Hakam.

Mucho más podríamos contar de las bellezas de Madinat al-Zahra, que gozó de días extraordinarios, aunque su vida fue efímera, pues en el año 1010, y como consecuencia de la Fitna, o guerra civil, es saqueada, destruida e incendiada, a pesar de lo cual no sucumbió por completo; fue después, poco a poco, entre el tiempo y la rapiña de las gentes, cuando fue despojada y arruinada.



△ 12

▽ 13



Hasta el año 1910 en que comenzaron las excavaciones, que se siguen actualmente, Madinat al-Zahra no era más que un recuerdo, unos montoncillos irregulares en las cercanías de Córdoba, que desde entonces van haciendo resurgir la ciudad construida por los califas cordobeses. En la tierra aparecen rotos los muros de sillares y los trozos de mármol y piedra tallada, que poco a poco, uniéndolos como un gigantesco rompecabezas, se completan los paneles, se levantan los muros destruidos y como una nueva Ave Fénix se va rehaciendo la fantástica ciudad, en la que ya pueden visitarse salones,

baños, galerías abovedadas y sobre todo las habitaciones del primer ministro y gran arquitecto Chafar ben Abd al Rahmán el Eslavo, como ejemplo vivo de lo que siempre se tuvo como sacado de un nuevo y extraordinario cuento de las «Mil y una noches».

12. Basa califal.

13. Arquerías de entrada al Alcázar Real.
